

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid.....	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias. .	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios morales y políticos: *El Matrimonio* (continuacion), por D. Leandro A. Herrero.—*A la Esperanza*, poesia, por doña Eladia Bautista y Patier.—Galeria histórica, XVI: *La Calderona*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Junio*, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.—*Consideraciones histórico-filosóficas sobre la marcha de la humanidad*, por D. Julian Castellanos: artículo II.—*Vida y muerte*, poesia, por D. Pedro María Barrera.—*Maria*, novela (continuacion), por doña Faustina Saez de Melgar.—Revista musical, por D. Felipe Perez de Anaya.—Revista de modas: *Correo de Señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.—Variedades.
Pliego octavo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

EL MATRIMONIO.

(Continuacion.)

La teoría del divorcio ó matrimonio disoluble es anticivilizadora; y esta verdad, que tantos han negado, hallando un placer efímero en discutir el carácter divino del catolicismo, es, no solamente una verdad religiosa, sino una verdad social.

En efecto: bajo los auspicios de las leyes del repudio y del divorcio, ¿á qué se reducirían los derechos de la familia? Ni ¿cómo sería posible que conservara su unidad, base y fundamento de su destino? ¿Adónde nos llevaría la inmiscucion funesta que se presenta naturalmente á la espalda de ese principio?

En ese oleaje revuelto de castas y de razas solo podría anidarse el caos con su anarquia deforme y su aspecto desgredado. No habría una señal para distinguir los hijos legítimos de los hijos bastardos, porque unos y otros arrastrarían una existencia envenenada por inesplicables martirios.

Desengañémonos: la libertad del corazón, ese principio que tan bien se puede explotar en la novela y en el melodrama para las escenas de portentoso efecto, es una monstruosidad repugnante, destinada á proteger el vuelo impuro del amor ilícito, ese amor que se disfraza con las relumbrantes galas del libertinaje y del escándolo para estampar su torpe planta en los hogares, y ennegrecer la paz, la calma y la ventura de los hombres, que las obtienen á favor de las virtudes del matrimonio. Así, el repudio

no puede legalizarse con esa decantada libertad de corazon que arranca tantos encomios á los novelistas y á los dramaturgos; y la esperiencia enseña que ella, lejos de reportar beneficios positivos en el órden moral, ha sido siempre el gran motor de las anarquías sociales, cuyo cieno, cuya podredumbre, cuyas miserias han dejado en pos de sí hondos estragos en la vida de las generaciones y en la historia moral del linaje humano.

El matrimonio indisoluble es la fuente de la perfectibilidad social, puesto que sirve de escudo y salvaguardia á los derechos de la familia, y á la vez á la dignidad de la mujer, á quien no podemos relegar al género de los párias y de los desheredados, no tanto porque es la madre de nuestros hijos, cuanto porque es una verdad universalmente reconocida, que sin sus desvelos y sacrificios no puede alcanzar la familia blasones de virtud.

Y no se crea que se exige al corazon el imposible: el matrimonio ha sabido atender de tal manera á sus deseos y á sus afectos, que á todos ellos ha dado satisfaccion cumplida encerrándolos dentro de la órbita del amor conyugal y paternal. Ese mismo amor conyugal, que suele abrumar de hastío á los seres corrompidos y degradados, es un manantial inagotable de luz y de hermosura para las almas buenas, y tiene el privilegio de prevalecer hasta el fin de la vida; porque no es el afecto arrebatado que se pinta en una novela, ni tampoco el deseo brutal de la materia, que engendra el tedio en el espíritu; sino el sentimiento de la ternura y de la pureza, y de la paz que se nutre de placeres vírgenes y de alegrías embelesadoras, verdadero florón de glorias inmarcesibles, que anticipan acá en la tierra la ventura del Paraíso.

El matrimonio entraña en sí grande ilustracion de miras, sus fines son santos y opuestos á toda baja ó depravacion; y si acaso ofrece espinas y dolores, seguramente que no pueden derivarse más que de una eleccion errada ó de un cálculo torpe. Su carácter divino, no solo garantiza su validez, sino su permanencia, puesto que hace de él un vínculo vivo que no se puede desatar hasta la muerte.

Digámoslo de una vez: sin que la dignidad de la mujer se restablezca; sin que la elevemos á la plenitud de su gerarquía, la obra del progreso en lugar de ser una realidad, será una utopía; en lugar de reportar beneficios, reportará solo desdichas y decepciones. Y no hay duda: sin el matrimo-

nio indisoluble no se puede realizar nada fecundo, ni la elevacion de la mujer, ni la ventura del hombre, ni la organizacion de la familia. Es una ley de la naturaleza, á cuyo influjo debe la humanidad su engrandecimiento; y es una ley providencial, que sirve de garantía á nuestras felicidades terrestres.

LEANDRO A. HERRERO.

A LA ESPERANZA.

Imágen pura que en mi pecho vives
con la aureola de tu fé ceñida,
sueños dorados de inmortal ventura
dando á mi vida.

Imágen bella que mi sér alientas
con leve soplo que me presta calma,
dime quién pudo tan preciosa joya
dar á mi alma.

Dime qué mano colocó en mi centro
su bello sér, tu superior nobleza;
dime qué mano concederte pudo
tanta grandeza.

Tú, sin presente, sin pasado vives:
solo te alienta porvenir oscuro;
un día siempre que te alumbre aguardas
plácido y puro.

Jamás del mundo en la tremenda lucha
te rindes tú ni desmayada cedes;
todo lo alcanzas con tu gran paciencia,
todo lo puedes.

Sufrir no es dable al corazon humano
sin ti la vida de amargura llena.
Por eso Dios con tu divino influjo
calma su pena.

Sufrir no puede con valor el hombre
sin ti la muerte que su mano toca;
por eso al lado de tu eterna vida
Dios te coloca.

Y eres tan bella que afanosa el alma
quiere buscarte con amor profundo,
y por gozarse de vivir contigo
vuela del mundo.

¡Ah! no te apartes de mi lado nunca;
no me abandones en mi amargo llanto,
dame la fé que tu diadema forma;
dame tu manto.

Dame tu aliento con que fuerte luche,
dame valor para alcanzar la palma,
y huirá por siempre la mortal congoja
lejos del alma.

ELADIA BAUTISTA Y PATIER.

Mula, 1864.

GALERÍA HISTÓRICA.

XVI.

LA CALDERONA.

En el reinado de Felipe IV, en aquel tiempo en que las Musas estendian su imperio en España, entre aquel vistoso enjambre de pintores, poetas y comediantes que formaban, digámoslo así, la corte del rey, poeta también y entregado por entero en brazos de Apolo, se alzan algunas figuras, sorprendentes siempre que se las estudia, y poetizadas por la época; dejemos aparte el brillo de los Lope de Vega y Alarcón; no es nuestro ánimo hoy detenernos á contemplar esas brillantes sombras cuyos resplandores durarán mientras exista el mundo: un personaje no tan colosal nos ocupa hoy, pero que no por eso deja de ser menos interesante y célebre, porque, si no es un rayo que fulgura, es un suspiro que conmueve; no es una estrella, pero es una lágrima.

Por los años de mil seiscientos... veíase por las calles de Madrid, y generalmente en las puertas de los templos, una lindísima niña de unos catorce años de edad, blanca como la azucena, cabellos de oro y ojos azules, que, cubierta de miserables vestidos, imploraba la caridad pública recitando romances y endechas que acompañaba con una guitarra. Era una pobre huérfana sin amparo y sin abrigo, y bien podía dársele algunos maravedís por escuchar su voz dulce y armoniosa, y admirar aquel rostro donde el genio se anunciaba á grandes rasgos.

Esta cantora popular contaba siempre con un público numeroso, pues apenas comenzaba á rasguear la guitarra rodeábanla toda clase de gentes, que, entusiasmadas, dejaban caer en el delantal de la pobre niña humildes aunque abundantes piezas de cobre, y aun algunas veces furtivas doblas de plata.

Un día que, rodeada de su auditorio, entonaba la jóven uno de sus romances favoritos en la puerta de San Sebastian, un hombre modestamente vestido, de rostro franco, y entrado en edad, que habia estado

observando á la jóven recostado entre las verjas del átrio, como cediendo á un impulso entusiasta, rompió bruscamente por entre el grupo, y llegándose á la cantora la dirigió algunas palabras que la niña escuchó atentamente y con emocion, y por último se levantó con los ojos preñados de lágrimas, y abrazándose á su viejo interlocutor: «Si, sí,»—esclamó con entusiasmo;—«os deberé más que la vida.» Y asiendo el brazo del anciano comenzaron á caminar por la calle de las Huertas, dejando atónitos á los curiosos.

Aquel hombre que hasta tal punto habia dominado á la mendiga era Manuel Álvarez de Vallejo, célebre representante, cómico afamado con sus puntas de poeta, y que, autor de la compañía y del corral de la Pacheca, habia comprendido que en la frente de aquella niña resplandecía el genio, decidiéndose á tenderla su mano y brindándole con un lugar en su compañía.

El destino tenia que cumplirse: al poco tiempo Madrid entero se disputaba la entrada en el célebre corral de la Pacheca (hoy teatro del Príncipe) para admirar las singulares dotes de una nueva cómica que con su hermosura y su talento trastornaba el juicio del pueblo y de los poetas. Esta comedianta era María, la cantora de las calles y plazuelas, y á quien el vulgo, con ese buen instinto que le caracteriza, al ver la sublimidad con que aquella jóven se identificaba con las creaciones del Príncipe de los poetas, del entonces soberano en la escena española D. Pedro Calderon de la Barca, dió á María el sobrenombre de *La Calderona*.

Sin embargo, á pesar de tantos triunfos, de tan deslumbrantes placeres, el dolor habia de abrirse camino hasta el corazón de María, que en una de sus mayores victorias encontró su mayor martirio. El rey Felipe, el galante paladin del Buen-Retiro, el camarada de los poetas y los pintores, el real caballero que así escribía una comedia como rejoneaba un toro en la plaza Mayor, el galante rondador, que así acuchillaba rufianes como escalaba la huerta del convento de San Plácido, Felipe IV decimos, enamorado ciegame de María La Calderona, consiguió prenderlo en sus redes de oro, hasta el punto de que se abriese en la historia un lugar para la pobre cómica, porque la historia, al hablar del segundo D. Juan de Austria, de aquel ilustre bastardo regente de Carlos II, y que como el hijo de Carlos V, con su mismo nombre, habia de dar pruebas sobradas de la regia

sangre que le alimentaba, la historia, repetimos, dice: *Nació D. Juan de Austria el día 17 de Abril de 1629: era hijo natural del rey Felipe IV y de una comedianta llamada María La Calderona.*

Los favores reales levantaron contra la desventurada actriz tantas envidias y calumnias, que, ahogada por el dolor, María en vano buscaba un lenitivo contra sus pesares, ya en los brazos de su regio amante, en la franca amistad de sus amigos, ó en aquellos aplausos y laureles que habian sido su sueño de niña. Creció su desdicha cuando rodeada de asechanzas, y habiendo dado á luz el fruto de su infeliz pasión, vió que le arrebatában su hijo para criarlo secretamente en Ocaña, y contempló también aquella senda de espinas que tenía que recorrer, una vez precipitada en el abismo. Un esfuerzo supremo salvó á la mujer, y el ángel caído volvió á levantarse: María, con asombro de las gentes y admiración de toda la corte, renuncia instantáneamente el oropel que la rodea, y poco después del nacimiento de don Juan recibió su madre de manos del Nuncio de Su Santidad el hábito de religiosa, profesando en un monasterio de monjas fundado en el valle de Utande, serranía de la Alcarria, y del cual fué abadesa hasta su muerte.

Esta acción la justificó, probando que si su corazón se dejó arrastrar por el torrente del siglo, su alma se había conservado pura como cuando adormecida soñaba con la gloria en las puertas de los templos de Madrid.

Tal fué la vida de la célebre comedianta cuya sombra parece que vaga perdida por las misteriosas umbrías del Buen-Retiro, cuando en las tranquilas noches de Junio el aire murmura entre los rosales, y la luna refleja sus rayos en el tranquilo y silencioso estanque, sobre el cual un tiempo se alzaban aquellos maravillosos teatros, palenque de brillantes ingenios y vivo destello de la magnificencia y poderío en que aún rebosaba la veneranda dinastía austriaca.

Seríamos injustos si no rindiésemos aquí un recuerdo cariñoso á D. José María Huici, al cantor de *Lanusa*, á ese ilustre y sentido poeta aragonés, que, muy digno de ocupar un sitio entre nuestros primeros escritores, dió al teatro en uno de sus mas bellos dramas la interesante figura de *La Calderona*.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

JUNIO.

SONETO.

¡Ay! ven á contemplar, mi Magdalena,
esa magnificencia seductora
que natura despliega, si la aurora
luce su esplendidez grande y serena.

La saluda con triste cantilena
la tórtola que arrulla gemidora,
y con mágico acento y voz sonora
entona su canción la Filomena.

Los céfiros traviesos, bullidores,
recorren la floresta y enramadas,
el tallo columpiando de las flores
que en la ribera viven descuidadas.

Tal es el cuadro celestial, hermoso,
que nos presenta Junio cariñoso.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

CONSIDERACIONES HISTÓRICO-FILOSÓFICAS

sobre la marcha de la humanidad.

ARTÍCULO II.

Después que la ciudad guerrera une el Oriente y la Grecia; después que perfecciona sus creaciones, no siendo suficientes las leyes exclusivistas de la república para cumplir la obra que la Providencia la encargara, siente dentro de su seno el ruido de la revolución, y un hombre audaz y grande, vencedor de los galos y de los britanos, después de triunfar en Grecia y Egipto, en Italia y España, apoyado por la clase plebeya, rompe con su poderosa mano el áureo cetro del patriciado, hendiendo con su espada la cabeza de la república en la batalla de Pharsalia.

El imperio alza entonces su egregia frente, y esclavo de esa ley desconocida, llama á tomar asiento en el Senado á hombres de todas las naciones, de todas las razas; y el espíritu de Roma, contenido dentro de sus muros por las leyes exclusivistas de la república, se dilata, se difunde y se implanta en el corazón de todos los pueblos vencidos, que saludan con gritos de alegría la nueva era que se descubre ante sus asombrados ojos.

Y cuando el imperio cumple su misión, el imperio se corrompe; y después de pasar por las manos de Tiberio, Neron, Vitelio y otros, el desenfreno y la

prostitucion no tienen limites, los templos paganos se miran abandonados, la voz de sus sacerdotes no tiene eco en el corazon de los hombres, la severidad de las costumbres romanas se bastardea, y la anarquía y la corrupcion reinan por doquiera: suena la hora de la caída del mundo antiguo, y cuando todo parece dispuesto á hundirse en un abismo sin fondo, la purísima luz del cristianismo esparce sus vivísimos resplandores derramando océanos de luz y de esperanza en el corazon de la humanidad.

Más como los hombres del antiguo imperio apeados á los altares de sus viejos ídolos, rechazan la buena nueva, cierran sus ojos á la luz de la verdad y persiguen de la manera más cruel á los prosélitos de la nueva idea, enrojeciendo la arena de los circos con la sangre de miles de creyentes, la mano de la Providencia hace salir del helado polo y de los bosques vírgenes de la Escandinavia y de la Scitia, innumerables hordas de bárbaros, que, cayendo con la impetuosidad del torrente sobre Roma, hacen pedazos su imperial diadema, castigan su soberbia y sus crímenes: bárbaros que despues de pulverizar los altares ensangrentados del viejo paganismo, abren su alma virgen á la nueva doctrina, y doblan armados sus rodillas ante la sagrada Religion de Jesucristo.

Entonces en la sociedad se opera un cambio completo; el esclavo, sér considerado sin familia, sin dignidad, sin religion, alza del suelo su marcada frente rotos los eslabones de su pesada cadena, y se mira igual á los demás hombres; y la mujer, espuesta hasta entonces al capricho, victima de las pasiones más brutales, ora esclava, ora sierva, considerada solo como un objeto de placer, se emancipa, siendo, por el influjo de aquella Religion de paz y caridad, el ángel hermoso que endulza los pesares de la vida, y la tierna y amante compañera del hombre, unida con él para siempre con el indisoluble lazo del matrimonio.

La familia reanuda sus vínculos quebrantados y perdidos desde los tiempos patriarcales. ¡Cuán claramente se deja sentir la influencia benéfica de esa ley armónica y misteriosa que obliga á la humanidad á seguir á su perfeccionamiento!

Durante el inmenso caos de la Edad Media, cuando solo se escucha por todas partes el ruido de las armas, el feudalismo se alza á detener la irrupcion de nuevos bárbaros, y la idea religiosa es el hermoso luminar que alumbra durante aquella eterna noche todas las conciencias.

Y cuando el feudalismo es innecesario, muere, dejando libre el campo al municipio, que sucumbe á su vez cuando las monarquías absolutas se presentan á dar fuerza y cohesion á las naciones.

Cuando el ruido de las armas cesa, la voz de las ciencias, de las artes se escucha, y el renacimiento alza entonces su esplendorosa frente, brillando como estrellas fijas en un purísimo cielo, el Tasso, Ariosto, Rafael, Miguel Ángel, Colon, Galileo y otros que asombran al mundo con sus obras, con sus concepciones, con sus colosales empresas.

La pólvora hace innecesarios los castillos feudales, que ruedan con estrépito desde las rocas donde yacen enclavados; y la imprenta, *ese arte divino, ese don sagrado del ingenio*, esparce la instruccion á los más remotos climas.

Despues, cuando la idea revolucionaria conmueve al mundo, el feudalismo recibe el golpe de gracia, la Inquisicion, que se alzara en un tiempo armada de todas armas para detener el paso á la herejia, sucumbe; el último eslabon de la cadena del esclavo se rompe, y la idea santa del derecho se escribe con caracteres indelebles en el corazon de la humanidad en la Convencion francesa.

Las luchas de razas espiran; el vapor y la electricidad hacen de todas las naciones una sola familia la imprenta rompe sus ligaduras y casi llega á cumplir su mision, derramando su benéfico influjo desde los palacios á las cabañas; el arte rompe el estrecho círculo de hierro que le oprimiera, y fiel intérprete de la idea grabada en el alma de la humanidad, abandona el misticismo, y espera en mágicas concepciones el principio de una nueva era.

La sombra del verdugo casi desaparece de nuestras sociedades; y el hombre, ese rey de la creacion, se encuentra en el siglo xix, en este siglo de luz y de armonía, hollando con sus plantas las rancias preocupaciones, teniendo ante sí esclava á la naturaleza, con la antorcha de la verdad en una mano, el ramo de oliva en la otra, y la idea verdadera de la justicia y del derecho escrita con caracteres de fuego en su corazon, en su conciencia.

Humboldt dice: «Una idea que se revela á través de la historia, estendiendo cada dia más su saludable imperio; una idea que mejor que otra ninguna prueba el hecho tantas veces contestado, pero más veces mal comprendido, de la perfectibilidad general de la especie, es la idea de humanidad.

»Ella tiende á derribar las fronteras que preocu-

paciones y miras interesadas de todo género han levantado entre los hombres, y á considerar la raza humana en su conjunto, sin distincion de religion, de nacion, de color, como una gran familia de hermanos, como un cuerpo único, encaminándose hacia un solo y mismo objeto; el libre desenvolvimiento de las fuerzas morales.»

Creemos, pues, haber demostrado suficientemente que la humanidad, á impulsos de esa ley forzosa y desconocida, camina sin haber tenido un instante de reposo, desde el momento que Dios arrojó con su poderosa mano el mundo en el vacío.

Y abrigamos lá más profunda conviccion de que seguirá marchando á través de todas las edades, recogiendo el espíritu, las aspiraciones y las ideas de todos los siglos, hasta realizar la gran obra que Dios la encomendará: la perfeccion de la especie.

JULIAN CASTELLANOS.

VIDA Y MUERTE.

La estrecha cuna do duerme el niño
sueño más puro que el blanco armiño,
sueño que vela con alegría
la madre amante, de noche y día,
cifrando en ello su mayor suerte,
esa es la muerte.

La hueca tumba que en negra losa
dice: «*aquí yace*» ó «*aquí reposa*,»
ver no dejando ni en lontananza
la faz risueña de la esperanza
que allí tan solo no es conocida,
esa es la vida.

La mar serena do los amores
barquillas botan hechas de flores,
cuyo perfume, roto el deseo
al dulce soplo del devaneo,
mintiendo glorias, delicias vierte,
esa es la muerte.

La triste idea que lleva llanto
á las pupilas, y al alma espanto,
que nuestros planes severa trunca
y á nuestras ánsias responde: — «Nunca
al árbol vuelve la hoja caída,»
esa es la vida.

La edad do junta naturaleza
vigor más grande, mayor belleza;

do no se envidia tiempo pasado,
ni finge sombras el no llegado,
y todo alegría, todo divierte,
esa es la muerte.

El polvo humano que al cementerio
presta grandeza, presta misterio,
y en los sepulcros, por ignorada
senda, eslabona *Todo* con *Nada*,
quitando al tiempo fuerza y medida,
esa es la vida.

¡Sí! Fuego fátuo nuestra existencia,
fulgura solo por apariencia;
la mente corre cual niño ciego,
al fuego busca, no encuentra el fuego,
y esclama al punto que la fé advierte:

— ¡La vida es muerte!

La fé le guia y al cielo toca.
Allí recuerdos del mundo evoca;
allí ve un mundo que nada altera,
fuego brillante que fin no espera,
y allí prorumpe con voz sentida:

— La muerte es vida!

PEDRO MARÍA BARRERA.

MARÍA.

NOVELA ORIGINAL.

DEDICADA

Á LA SEÑORA DOÑA MARIA ODIAGA DE LLUCH.

(Continuacion.)

—Estará D. Luis.

—Tampoco puede Vd. verle.

—Pero volverá pronto.

—No, señora: D. Lucas está fuera, y á D. Luis no puede Vd. verle, porque está enfermo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo con acento indefinible de amargura y desesperacion, y salió de la casa, pero fué á colocarse en un portal inmediato á esperar á D. Lucas.

Ella se decia: es verdad que no le conozco; pero D. Luis me dijo que era jorobado. Cuando le vea entrar le diré que mi padre se muere de hambre, y quizás tenga buen corazon. Sí: le diré que yo le traje la cartera, y por agradecimiento me socorrerá sin duda.

—Tres horas estuvo esperando, y no parecía don

Lúcas: eran las diez de la noche, y la pobre jóven, aterida de frío y muerta de hambre, no podía moverse de aquel sitio. Hizo un esfuerzo, echó á andar, pero sus piés se negaban á sostenerla. Con mucho trabajo se dirigió á su casa, y decia: «No les llevo ningun socorro; pero al menos moriré con ellos.»

Un pobre se acercó á pedir una limosna á una señora, que, acompañada de un criado, pasaba á la sazón por allí; le dió una moneda, y María, alentada por la voz dulce de la señora, se adelantó con timidez, y alargando la mano, dijo con acento conmovido:

—Á mí tambien, señora, una limosna por compasion.

—Á tí, le respondió, ¿y cómo siendo tan jóven pides limosna?

—¡Ah!... Señora, murmuró María;—y no pudiendo sufrir, cayó en tierra desmayada; se dió un fuerte golpe con las piedras, y empezó á echar sangre por la herida.

La señora, compadecida, dijo al criado que la acompañaba: «Tómala en brazos, Benito, y la llevaremos á casa; ¡pobrecilla! quizás sea alguna desgraciada; yo te ayudaré si no puedes.»

Y entre los dos llevaron á la jóven á casa de Don Lúcas, que entraba al mismo tiempo, y al ver á la señora, se acercó, y la dijo:

—¡Qué es esto, madre mia! ¿quién es esta mujer que traen Vds.?

—Una pobre jóven que se ha caido á mis piés, sin duda desfallecida de necesidad.

—¡Infeliz! Traiga Vd., madre mia, y yo ayudaré á Benito para subirla arriba.

La pusieron sobre una cama, y al rociarle la cara con un poco de agua fresca, conoció D. Lúcas á María, y lleno de gozo murmuró: «¡Es ella!»—Después de buscarla por todo Madrid sin encontrarla, la casualidad me la trae á mi misma casa.

Pasado un rato volvió María de su desmayo, y en el mismo momento el reloj dió la una; abrió los ojos, y mirando despavorida en su derredor, se incorporó, y sus primeras palabras fueron:

—¡Oh! ¡mi padre! ¡padre mio! ¡ya se habrá muerto! ¡Oh, Dios mio! y mi Adolfo tambien! que hace tres dias que no habian comido; ¡socorredlos, señora por Dios!

—¿Dónde viven, dónde? preguntó con viveza don Lúcas; yo iré á socorrerlos.

—¡Ah! ¡Sí, bien, caballero, Dios se lo pagará á Vd.!

respondió María, juntando sus manos y fijando sus

hermosos ojos negros y rasgados en el semblante bondadoso del jorobado, con una espresion de agradecimiento indefinible.

Él clavó en ella su mirada con angelical ternura.

Enterado de las señas de la habitacion de María, se marchó con precipitacion, acompañado de su criado y un médico, y todo lo necesario para el socorro del anciano. Llegaron, y el pequeño Adolfo, que sintió llamar, y el hambre le tenia desvelado, corrió á abrir creyendo era su hermana, y al encontrarse con personas desconocidas empezó á llorar.

D. Lúcas, con acento bondadoso, le dijo:

—No llores, hijo mio, te traemos que comer.

—Y mi hermana, ¿dónde está?

—Mañana vendrá; pero llévanos donde está tu padre.

—Aquí está durmiendo; pero déme Vd. un pedacito de pan, por Dios.

Encargó al criado diese al niño alguna cosa de las que traia, y pasó á la habitacion del anciano: en su rostro simpático y bondadoso se vió impresa la más viva compasion, y admirado al ver tanta pobreza y miseria, exclamó con acento doloroso:

—¡Qué desgracia! ¡cómo podrán vivir aquí los infelices! ¡Y es posible que sea esta la mansion de aquella criatura de belleza tan portentosa y de una virtud tan pura!

El médico le distrajo de su reflexion, diciendo, después de examinar al anciano:

—¡Cuánta miseria, D. Lúcas! Este infeliz hubiera vivido teniendo otros alimentos y una habitacion más saludable; pero ya no tiene remedio; le quedan pocos momentos de vida.

—¿Pero no hay esperanza alguna, Sr. Doctor?

—Ninguna, porque está en la agonía.

Abrió los ojos el anciano, y con voz moribunda llamó á su hija.

El niño corrió desde la cocina, y abrazándose á su padre, exclamó lleno de gozo:

—¡Papá mio! consuélate, que ya tenemos que comer! nos han traído muchas cosas, y merluza tambien; que tanto te gusta: ¿quieres que te traiga una poquita?

Pero el anciano volvió á caer en su letargo, y no lo oia: D. Lúcas mandó al criado llevase al niño al lado de su hermana por que no presenciase la muerte de su pobre padre; más el pobre Adolfo, presintiendo sin duda que no volveria á verle más, se abra-

zó de nuevo á su padre y no quiso que le separaran, diciendo :

—Yo quiero estarme con mi papá hasta que venga María, que me encargó no me separara de su lado.

Tuvieron que dejarle, y á poco se quedó dormido sobre el moribundo seno del enfermo. El criado, que fué por los Santos Sacramentos á la iglesia más cercana, volvió acompañado de un sacerdote que administró al infeliz padre de María.

Á las cuatro de la madrugada espiró, llamando á su hija y teniendo en su seno á Adolfo, que dormía. D. Lucas y el doctor le desprendieron del cadáver y se le llevaron al lado de María, á la que encontraron con una fiebre abrasadora y privada de conocimiento.

Un mes despues de las tristes escenas que van referidas, estaba María pálida y vestida de luto, co-siendo junto á un balcon de su gabinete lujosamente amueblado: la madre de D. Luis y éste la acompañaban, y el pequeño Adolfo, á los piés de su hermana, se entretiene en hacer barcas de papel.

La puerta del gabinete se abrió, y entró D. Lucas, saludó á su madre, y dijo á María :

—¿Cómo vamos, María? ¿tiene Vd. muchas fuerzas, se encuentra Vd. algo mejor?

—Sí, señor, aunque todavía tengo mucha debilidad.

—No es extraño, dijo doña Narcisa, habiendo pasado una enfermedad tan larga y penosa, que tengas pocas fuerzas.

—¡Oh! y si no hubiera sido por tan generosa bienhechora no tendria ninguna, pues que esperaba morir aquella misma noche con mi pobre padre.

Y al recuerdo de su padre los ojos de la hermosa jóven se humedecieron, y brotaron las lágrimas bañando sus mejillas.

—Vamos, querida mia, no te acuerdes de nada, que te aflige, y puedes recaer.

—Sí, María, la dijo D. Lucas: no tenga Vd. pena, que á nuestro lado nada le faltará á Vd. y á su hermanito.

Iba á responder la jóven, cuando anunciaron una visita, y salió doña Narcisa y su hija.

Don Luis llegó al mismo tiempo, y, viéndola sola, se sentó á su lado; ella se levantó para marcharse, pero él la detuvo por el vestido, y la hizo sentar á su lado.

—¿Te vas, María? ¿Ni aun escucharme quieres? ¡Qué cruel correspondest á mi amor!

—Bien sabe Vd., Sr. D. Luis, que no puedo corresponderle.

—Y ¿por qué razon? ¿Te dura aun el resentimiento?

—No, señor: no le guardo rencor alguno, y...

—Pues bien, la respondió D. Luis interrumpiéndola; si no me tienes rencor, ¿por qué huyes de mi presencia, mi vista te es enojosa, y si te hablo de amor no quieres escucharme?

—¡Oh! no, señor: no me enoja su presencia: ¿cómo podria yo odiar al hijo de mi bienhechora? ¡Ah! no: debo mucho á la apreciable familia de Vd., y no puedo menos de agradecer á todos la bondad con que me tratan y los favores que me dispensan.

—Todo te lo mereces, bella María; pero no hablemos ahora de esto: quiero hablarte de mi amor, y que me respondas con franqueza.

—Caballero, mi triste posicion y mi pobreza no me permiten escuchar á Vd., y le ruego guarde su amor para otra persona que le pueda corresponder.

—¿Conque no me amas, cruel?

—No le aborrezco á Vd., le aprecio tanto como á su hermano, y tanto como pudiera amar á mi mejor amigo, si le tuviera; pero la desgracia, alejándome de mi país natal, me ha privado de todos los recursos, y solo á Vds. tengo en el mundo.

—Y por lo mismo que tanto nos debes, ¿quieres ofenderme no correspondiendo á mi cariño?

—¿Yo ofender á Vd.?

—Sí, pues que no aceptas mi cariño, que te ofrezco puro y leal; y yo esto lo miro como un desaire, María, como un desprecio, y como la mayor afrenta que he recibido en mi vida.

—¡Oh! no diga Vd. eso.

—Sí: lo digo, y lo diré siempre: me desprecias.

—Sr. D. Luis....

—No me trates con tanto cumplido, querida María; que apreciaré más que me digas con tu voz dulce y pura, Luis mio; que no mi Sr. Don, que me irrita oír de tu boca.

—¡Oh! jamás tendré tal atrevimiento.

—¿Y si yo te lo mando?

—No le obedeceré á Vd.

—¡María!

—¡Sr. D. Luis...!

—¿No quieres ni aun mirarme? ¡Oh amada mia! permite que imprima mis labios en tu mano. Trae...

—No, señor.

—¡Qué hermosa eres! ¿Me amas?

—Déjeme Vd. que me retire; que no debo escuchar ese lenguaje,

—No te vas de aquí si no me respondes clara y terminantemente.

—Y ¿qué he de responder?

—¿Me amas?

—No puedo.

—Tienes otro amor sin duda, y por eso no me correspondes.

—¡Oh! No, señor.

—Pues dime: ¿por qué no merezco tu cariño?

—No tan solo lo merece Vd., sino que le posee.

—¿De veras, María?

—Sí, señor; pero el cariño de una hermana, no el de una amante, porque no puedo serlo suya: se lo he repetido mil veces.

—¿Y de otro sí puedes serlo, y de mi hermano quizás?

—¿De su hermano de Vd.!...

—Sí, de Lucas.

—Lo mismo que Vd.: ni me ama, ni, aunque me amara, podría corresponderle.

—Mientes.

—Caballero, no acostumbro á mentir.

—Mi hermano te adora y tú le correspondes. ¡Infame!

—Vea Vd. que se engaña.

—¿Me engaño! Tú quieres engañarme, pero no lo consigues. Y ¡vive Dios! que tus desdenes los has de pagar muy caros. Mi paciencia llega á su colmo; y tengo celos, María: guárdate de irritarme.

—¡Oh, Dios mío, qué desgraciada soy! Cuando en medio de mi orfandad y desventura encuentro una familia bondadosa que me protege y ampara, tengo que abandonarla....

—¿Qué dices? ¡tú estás loca! y ¿dónde querrias ir?

—Á cualquier parte, á morir retirada y solitaria, puesto que me obliga Vd. á huir de su casa, donde su noble madre me ha ofrecido un asilo.

Abrazadoras lágrimas brotaron de los ojos de la hermosa niña.

D. Lucas entró en la habitación, y la joven se retiró, cubriéndose la cara con el pañuelo por que no conociese su llanto; pero no se escapó á la penetrante mirada del jorobado, que preguntó á su hermano:

—¿Por qué llora María?

—No lo sé, contestó con mal humor.

—¿Estabas hablando con ella?

—Y bien, ¿quieres saberlo? ¿Tienes en ello algun interés particular?

—Luis, ¿qué acento es ese?

—Es el de la ira, porque la cólera me ahoga.

—¿Y soy yo, por ventura, la causa de tu incomodidad?

—Sí.

—No acierto á comprenderlo.

—¿Y tu corazón no te dice?...

—No, por cierto: está muy tranquilo.

—Es verdad; porque á algunos hombres la traición les es saludable.

—Mira que no te comprendo, Luis: yo nunca he sido traidor.

—Ahora lo eres conmigo robándome el corazón de María.

—¡Yo!

—Tú: ¿no la amas? di.

—La adoro, Luis; no sé mentir; pero ella no lo sabe, y...

—Si lo sabe, y te corresponde.

—Imposible, Luis. No me hago ilusiones; con mi enorme joroba no puedo aspirar á la mano de ninguna mujer.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

REVISTA MUSICAL.

Teatro de Rossini.—**Guillermo Tell**, ópera en cuatro actos.

Cuando la empresa de los Campos Eliseos trató de amenizar su linda posesion con un espectáculo que llamase en primer término la atención de la elegante sociedad madrileña, pensó desde luego, visto el gran gusto filarmónico que se venia desarrollando en el público de algunos años á esta parte, construir un teatro de ópera, arrojando los inmensos gastos y dificultades que tal proyecto presentaba. Muy en breve se construyó el edificio, y pronto hará un año que se inauguró el coliseo dedicado á Rossini, como emblema del génio más colosal de la música en este siglo, fundador de la clásica y moderna escuela italiana. Al rendir este justo tributo al insigne compositor, no podía hacerse de una manera más significativa y propia que representando una de las óperas del inmortal maestro, y ninguna mejor para este caso que la titulada *Guillermo Tell*, última y portentosa obra maestra que salió de su pluma,

arrojada despues desdeñosamente de su mano al rostro de la capital del vecino imperio en 1829, cuyo público parece no supo apreciar debidamente la sublimidad, encantos y bellezas de esta composicion. Desde este tiempo quedó en silencio completamente, al menos para el teatro, la inspiracion del hijo de Pésaro, que tantas otras producciones hubiera podido presentar á la admiracion universal.

Vamos á esponder, antes de pasar adelante, algunas consideraciones para demostrar la gran mision que ha llenado Rossini como innovador y creador de la música teatral del presente siglo.

Al aparecer Rossini en 1812, ya no existian los grandes maestros de la segunda mitad del siglo XVIII, ó al menos habian cesado de escribir, pues Paesielo no murió hasta el año 1816. Entre los numerosos y débiles imitadores que se repartieron los despojos de aquellos, reproduciendo su forma algun tanto lánguida, se disputaban el primer lugar tres compositores de talento más original que los demás, y fueron Mayer, Paër y Generali.

Mayer, natural de un pueblo de Baviera, se dió á conocer por primera vez en la escena italiana hácia el año 1794, distinguiéndose y consiguiendo buena fama en tres ó cuatro obras, que todavía son muy apreciadas por los inteligentes. Las cualidades más notables que adornan á las óperas de Mayer son: una instrumentacion más rica que la de sus contemporáneos, cierta maestría en el arte de presentar y tratar los concertantes; melodías, aunque algo cortas, dotadas de brillo, elevacion, ternura y sentimiento.

Paër, que murió en París en 1839, era un músico de mayor habilidad y más variada imaginacion que Mayer. Nacido en Parma, pasó á Viena á fines del siglo XVIII, y allí oyó las óperas de Mozart, que produjeron en él grande impresion, haciéndole adquirir el gusto de una instrumentacion más enérgica y brillante que la mayor parte de sus compatriotas. Sus mejores obras ofrecen el resultado de la doble tendencia de su talento, que se hallaba colocado entre la escuela alemana y la italiana.

Por el contrario, Generali pertenece esclusivamente á esta última escuela. Tenia la fuerza, chispeante melodía y algo de aquel estilo vigoroso que iban á constituir el punto de partida de su sucesor, el eminente y prodigioso maestro, cuya gloria es cada vez mayor, el inmortal Rossini.

El ilustre compositor, orgullo de este siglo, se

educó en estas fuentes lleno de juventud y audacia, ajustándose á las ideas de aquellos, y sus formas musicales, sonoras, estensas y profundas, cogiendo lo bueno allí donde lo encontraba, y presentando bajo estilo propio lo que tomaba de los demás. Sus numerosas y variadas composiciones se hacen notar por su brillante imaginacion, por la abundancia y frescura de los motivos, por la fuerza y sonoridad de sus acompañamientos, por la novedad de su armonía y por la vehemencia, esplendor y pureza que ha dado al lenguaje de la pasion. Rossini, que es un génio completamente italiano, dotado de aquel espíritu fogoso y sensual de su época, rompió violentamente con los maestros que le precedieron, y fundó los primeros cimientos de la nueva escuela en la que han brillado ó brillan sucesivamente y con gloria las inspiraciones de Donizetti, Bellini, Mercadante, Pacini y Verdi.

En 1818 ya estaba Rossini en la plenitud de su gloria, pues habia dado á luz *Tancredo*, *El Barbero de Sevilla*, *la Gazza Ladra* y *Otello*, que son las principales óperas que pertenecen á su primera época. El segundo período presenta como notables muestras de su portentoso ingenio y admirable talento musical, *La Donna del Lago*, *Mosé*, *Zelmira* y *Semiramide*, obras maestras que escitaron en un principio la admiracion de toda la Italia, y más tarde y en la actualidad del mundo entero. Finalmente, la tercera trasformacion de Rossini se deja ver claramente en su *Guillermo*, en el que resumió, por decirlo así, todas las excelentes y poderosas facultades de su ingenio, inspiracion y talento. Formó un bello ideal presentando una obra completísima, y que puso el sello á sus constantes aspiraciones. Persuadido y convencido de haberlo alcanzado, como así es la verdad, tomó como á desaire la fria acogida que mereció en un principio esta gran obra, y se retiró, como ya hemos dicho, completamente de la escena; pues no era justo que de ese modo se recompensaran los desvelos de toda una vida de trabajos y adelantos en el difícil arte. Á nuestro entender, la deformidad y mala combinacion del libreto fué la verdadera causa de que en el público no se despertara el interés ni entusiasmo de que es digna ciertamente la música. Su falta de unidad, la confusion de escenas y personajes, todo, en fin, se halla espuesto sin ninguna relacion y de una manera embrollada. Esto es tanto más de estrañar, cuanto que el asunto principal, sacado de la historia de Suiza, no puede ser

más dramático é interesante, y el autor del libreto gozaba de una reputacion bastante fundada.

Examinando, pues, la parte musical de esta ópera, empezaremos por la gran sinfonia, en la cual se revela ya claramente qué será lo demás, pues ella sola basta para acreditar las eminentes dotes del mejor de los maestros. Al oír esta parte, ya se siente el ánimo sobrecogido de admiracion, y se comprende que su autor trató de desplegar hasta lo sumo el mágico poder de su talento. En el primer acto son igualmente notables el duo de tenor y baritono, de admirable efecto, y el precioso concertante final. En el segundo, el duo de tiple y tenor y el gran terceto de tenor, baritono y bajo. En el tercero, la bellísima tirolesa, bailable y coreada, en la que se desarrollan deliciosos motivos que encantan sobremanera, y el magnífico concertante con que concluye este acto. Por último, en el cuarto, la inspirada y enérgica aria coreada de tenor, en que se espresa perfectamente y de una manera admirable el deseo de venganza que arde en el pecho del pueblo oprimido: ¡qué lástima, repetimos, que con el *Guillermo Tell* y en el año de 1829, abandone su inspirada pluma el gran compositor que realiza tan portentosa revolucion musical.

De la ejecucion diremos poco, pero será lo suficiente para dar á entender á nuestros lectores que si en la primera representacion no fué muy completa, á causa de la indisposicion de la nueva tiple señora Laborde, en cambio las noches sucesivas han sido completa y digna de tan insigne composicion. El Sr. Tamberlik estuvo admirable, por ser esta una de las obras en que mejor luce su excelente escuela de canto y sus portentosas facultades vocales. La señora Didier, que ha tenido la galantería de remediar eficazmente el pequeño obstáculo que se presentó en la primera noche, ha desempeñado muy bien su corto papel, pareciendo, no que cantaba de repente su papel, sino que era una de las óperas de su estenso y escogido repertorio. La tributamos mil elogios por haberse prestado gustosa á que se pueda oír perfectamente la sin igual produccion de Rossini.

La señorita Garulli estuvo, como siempre, muy bien, caracterizando su papel con mucha espresion y distinguiéndose principalmente en los dos concertantes de los actos primero y tercero.

El baritono Sr. Squarcia cada dia desempeña mejor su importante parte, en la que revela buenas facultades.

Concluiremos felicitando al laborioso é inteligente director de orquesta Sr. Gaztambide, y á la empresa que tan bien corresponde al favor que el público la dispensa.

FELIPE PEREZ DE ANAYA.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

¡Cuán admirablemente ataviada se ostenta la moda en la presente estacion! El foulard es su tejido privilegiado, ofreciéndose en este momento de una riqueza escepcional y de una delicadeza enteramente en armonía con las exigencias de la primavera. Nada tan risueño como esos fondos blancos, lila ó malva, sobre los que tan graciosamente se despliegan guirnalda de lirios-rosa, ó sembrados de violetas y myosotis. Tiene además la ventaja de poderse aplicar segun los colores ó el género de adorno que completa el traje, ya para gran toilette, ó ya para paseo, para interior ó para el campo.

Los accesorios del dia tienden á lo brillante, encontrándose el acero ó el azabache sobre los galones de pasamanería calada. Los aprestos de perlas blancas son elegantísimos sobre trajes claros, y los botones de acero, nácar ó azabache se mantienen, dejando no obstante la supremacía al cristal, que es lo más admitido. En este momento adquiere gran boga la pasamanería de paja, cuyas franjas de bolas son maravillosas; lo recomendamos como adorno enteramente de la estacion, así como los cinturones largos, que se adoptan mucho como lo más elegante sobre traje blanco. Las cintas á rayas aterciopeladas, ya sean á dos tonos ó de color sobresaliente, están en alza para los sombreros.

Puesto que hemos pronunciado la palabra sombrero, aprovechémonos de ella para designar las formas. Los más en boga son los de copete plano con el borde ligeramente levantado. Además, el casquete jockey, la forma amazona algo alta y guarnecida de plumas; y en fin, la toca, siempre con el borde de plumas de pavo real y penacho. Mencionemos el tricornio, ensayo tan escéntrico que nos parece inadmisibile, al menos para las que no quieren llamar la atencion. Los velos grandes de tul no se llevan sino en carruaje; las que van á pié, conservarán el velito lobo, blanco ó negro, punteado de estrellas en ace-

ro, oro ó perlas diamantinas, con bordado ó franja alrededor, tambien brillante.

Las camisetas rusas se llevarán mucho, porque no hay nada más fresco y ligero. Las más lindas son en foulard de la India, pero tambien las hay más sencillas en lana ligera, que son igualmente cómodas.

Los cuerpos blancos han llegado á ser indispensables, tanto en negligé como para vestir. Se añade la vesta á voluntad, lo que es sumamente agradable para el campo, pues permite llevar, durante las horas del calor, el linós, la alpaca ó un tejido llamado sultana; y cuando llega el fresco de la noche, se toma la vesta, y al traje ligero se le da algo de comfortable. Nada tienen de particular estos cuerpos con respecto á la forma: se cortan como los demás, con cinturon, solamente que, como son plegados se frunce la muselina antes de cortar los pedazos, en la seguridad de obtener un buen resultado. Entiéndase esto para los sencillos, porque los otros se guarnecen de entredoses, de cintas, de guipure y de todo o que puede imaginar la fantasía.

Designaremos á nuestras elegantes dos trajes de salir, en los que no podemos menos de notar la más franca elegancia.

Desde luego uno en tafetan, moiré, á rayas menudas, azules y blancas, con enagua igual, ó mejor dicho, á dos faldas, adornada la primera en el bajo de un doble vies en tafetan azul, separado por medio con un grueso ribete de tafetan blanco. Remonta dicho vies sobre cada costura hasta una altura de veinte á veinticinco centímetros, reliando los vieses unos á otros una pasamanería azul y acero. La segunda falda es enteramente lisa, drapeada sobre cada costura con una rica muletilla en pasamanería perlada. La pequeña casaca igual, va adornada del mismo modo, y el complemento de este traje es un sombrero de tafetan blanco, recubierto de tul, sembrado de estrellitas de acero, con un penacho sobre el lado y plumas blancas pequeñas. Al borde del sombrero, encaje bordado de acero, y en el interior una pequeña diadema azul. Velito de tül pajeado y terminando en barbas.

El segundo es de poulte de soie blanco, á finas y espaciadas rayas. Sobre cada paño se halla en el bajo una muletilla formando cuadro largo, veinticinco centímetros de alta, y rodeada de un doble piquillo en seda negra. Dicho piquillo se viene hallando sobre todas las costuras y dobladillos del traje y de la vestimenta, lo que imprime al conjunto un

sello de alta distincion. El único adorno consiste en tres botones de acero damasquino del género más artistico, colocados sobre todas las muletillas. La confeccion, pequeño paleot cimbreado, es igual en un todo, y el sombrero que acompaña en tul bullonado, forma fanchon por detrás, con una especie de lazos de espigas blancas con yerba negra, de donde se escapa un velo de tul que descende sobre los hombros. En el interior un bandeau de espigas.

En conclusion, un precioso traje para reunion, de estío, de tafetan rosa, azul ó lila, en fin, claro, con falda lisa, cuerpo escotado y manga corta, y por todo adorno un escarolado en el bajo de la falda. Lo recubre una falda de muselina blanca, cortada á túnica Imperio, cortísima y cuadrada por delante, pero á cola por detrás, así como la falda inferior. Bordea este traje un bullonado con un guipure por cada lado. Cuerpo alto y manga larga, todo encerrado en bullonados y guipure. Largo cinturon de tafetan, anudado por detrás, y tres tirillas iguales, pasadas en los cabellos, completan admirablemente este encantador modelo para comida ó pequeña reunion de campo.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de popelina, falda lisa, con un grueso cordon de pasamanería en el bajo. Cuerpo alto, con cinturon de hebilla; cordones atravesando el pecho en forma de alamares, con borlas en los hombros. Manga estrecha. Sombrero de crespon, adornado de cintas y flores.

Segunda figura. Vestido de tafetan azul; la falda lleva en el bajo un volante plegado, adornado de guipur y pasamanería. Cuerpo alto, con tres aldetas detrás; manga estrecha, guarnecido todo de guipur y pasamanería. Sombrero de tul, con cintas y perlas.

Tercera figura. Niño de tres años; falda de popelina, con dos órdenes de agreman, con bellotas. Chaqueta de seda, guarnecida de unacinta con madroños. Camiseta ancha. Botas rusas, Gorra de paja con plumas.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N°13 Pral Derecha

MADRID
Ayuntamiento de Madrid

